



Juan E. Hartzenbusch

Derechos póstumos

Loa en prosa
para solemnizar el natalicio de Pedro Calderón de la Barca.

Personas

DON APOLINAR
ROSITA (Niña de doce años)
FABIÁN
DON CLETO
UNA SEÑORA
UNA SEÑORITA

La función ordenada con el objeto expresado ya, y con el de ofrecer al público una muestra de las representaciones ordinarias del teatro Español en el siglo XVII, se compuso de las piezas siguientes: La Loa; el acto primero de La Dama Duende.; el paso de Lope de Rueda, titulado Las aceitunas; el acto segundo de La Dama Duende; El entremés de D. Agustín

Moreto, La Mariquita; Tercer acto de La Dama Duende; La mojiganga de Calderón, titulada La Muerte, que finalizaba con baile.

LOA

Gabinete de un entresuelo, con puerta en el fondo; unas cortinas o antepuertas a un lado, y una ventana al otro. Mesa y sillas.

Escena primera

DON APOLINAR, sentado a la mesa, leyendo un tomo de Calderón.

«Florido almendro temprano(4)

Con sus nuevas galas era
Albor de la primavera
Y esperanza del verano;
Y al notar que él solo abrió
Al aire las tiernas hojas
De su flor, blancas y rojas,
De suerte se envaneció,
Que a un lirio le dijo allí:
'Planta, que lucir no quieres,
¿No te desmayas y mueres
De envidia de verme a mí?'
Sopló el cierzo de una sierra,
Y el árbol a sus furores
Perdidas lloró las flores,
Que vio rodando por tierra;
Quedando así despojado
De cuanto adornarle pudo,
Ramaje y tronco desnudo,
Yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
Aquel verdor que tenía,
Y contra la tiranía
Del viento se conservaba,
Y díjole: '¡Venturoso
Tú, que inalterable estás
En un mismo ser, jamás
Envidiado ni envidioso!
Tu vivir sólo es vivir:
No llegues a florecer,
Porque tener que perder
Sólo es tener que sentir.'»

¡Cómo escribía este hombre! ¡Venturoso tú! pudiéramos decir a Calderón sus discípulos: floreciste como el almendro, y conservas aún la

frescura del lirio, la fuerza del roble.

Escena II

ROSITA, DON APOLINAR.

ROSITA. -(Aparte, abriendo la puerta del fondo con mucho cuidado para no ser sentida. No tenía echada la llave ni el cerrojo: le sorprendí.) (Acercándose de puntillas a Don Apolinar.) ¡Ah, señor quimerista! Ya le pillamos. ¡A la cárcel, a un calabozo!

DON APOLINAR. -¡Rosita! ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

ROSITA. -Nadie; pero hace días que no se abre este gabinete: mi mamá y mi hermana cuchichean a todas horas; apartan comida, y no es para los pobres del barrio: con que por fuerza había de maliciar que teníamos huésped.

DON APOLINAR. -Tu madre y tu hermana, ¿se han vuelto contigo?

ROSITA. -No: mamá y Clarita salían a una diligencia, que se me figura ha de ser negocio de usted. Me las he encontrado en la calle, cuando volvía del colegio con la criada...

DON APOLINAR. -¿Cómo has despachado en el colegio tan pronto!

ROSITA. -Muy fácilmente: no entrando en él.

DON APOLINAR. -¿Por qué, desaplicada!

ROSITA. -¡Ay, Don Apolinar! Ha sido por miedo.

DON APOLINAR. -¿De qué? ¿De quién?

ROSITA. -¡Ay! de un difunto. La vista de un muerto me infunde un terror, que me saca de juicio. Ha fallecido en la casa misma del colegio un señor, que de vivo asustaba de feo: imagínese usted, ahora, ¡qué hermoso estará! Tenían en el portal la caja; esperé un rato a ver si le subían al carro; no llevaban prisa: con que le dije a la criada que nos volviéramos. Hallé abajo a mamá y a Clarita, que parece que iban...

DON APOLINAR. -A casa de mi editor, sí.

ROSITA. -Ello es que se llevaron a la criada y me dieron las llaves, encargándome que me encerrara a estudiar en subiendo. He querido estudiar con usted.

DON APOLINAR. -Enhorabuena. Tus lecciones de historia últimas eran sobre el reinado de Carlos V. ¿Qué quieres que te explique?

ROSITA. -Explíqueme usted por menor la causa de... de...

DON APOLINAR. -¿Del retraimiento del Emperador en Yuste?

ROSITA. -No: de su retraimiento de usted. Sé que ha mediado un desafío; pero...

DON APOLINAR. -¡Chiquilla! ¿Te figuras que yo?...

ROSITA. -¿Se figura usted que una muchacha lista, que anda acechando por espacio de quince días, no ha de oír lo bastante para enterarse de cualquier secretillo?

DON APOLINAR. -Vamos, y ¿de qué te has enterado ya?

ROSITA. -De que usted y un Don Cleto Chinchilla, que ha de ser un calaverón, disputaron en un café, de resultas de lo cual se desafiaron.

DON APOLINAR. -Y ¿qué más?

ROSITA. -Que tuvo usted un miedo... como el que tengo yo a los difuntos.

DON APOLINAR. -¡Miedo yo, picaruela!

ROSITA. -A la justicia, señor, no al desafío; porque parece que el Gobierno, cansado ya de tantos como hay, se ha propuesto castigar de firme a los primeros que se sacudan. ¡Oh! Y en eso hace perfectamente.

DON APOLINAR. -¿Qué entiendes tú de semejantes materias?

ROSITA. -Entienda o no, usted trató de asegurarse la fuga; sacó un pasaporte para Francia con nombre fingido; tornó un billete en el correo; envió su maleta a la casa de postas, y el día de los Inocentes por la tarde fue a batirse con el señor Chinchilla junto al camino de Fuencarral.

DON APOLINAR. -¿Todo eso has oído, bellaca?

ROSITA. -Y se entraron ustedes a reñir en una casucha desmantelada que hay por allí; tiraron los gabanes, y al estar ya con charrasca en mano, apareció la Guardia civil a terciar en el lance, y hubieron ustedes de escapar corriendito.

DON APOLINAR. -No: yo me quedé oculto en la casa. Como trataban de arrestarnos, me propuse aguardar allí a que pasara el correo, hacerle que se detuviera, diciendo que tenía billete para ir en él, y subir en seguida.

ROSITA. -Sí; pero Don Cleto lo arregló de otro modo.

DON APOLINAR. -¿Sabes también que al coger los gabanes Don Cleto y yo?...

ROSITA. -Con la prisa, los trocaron ustedes, y usted no lo advirtió hasta que sintió llegar el correo.

DON APOLINAR. -Eché mano al bolsillo, y me hallé sin la cartera en que tenía mi billete de berlina y el pasaporte...

ROSITA. -Y cuando, al emparejar el correo, quiso usted entrar en explicaciones con el conductor, el insigne Don Cleto, que habría conocido el trueque de ropa al instante y hecho ánimo de aprovecharse de él, asomó la cabeza por la puertecilla del coche, y le dijo a usted riéndose: «Desde Bayona enviaré el gabán; cúideme usted el mío.»

DON APOLINAR. -Y se marchó con mi pasaporte, con mi nombre supuesto de Don Lucas Lafuente, y mi equipaje real y efectivo.

ROSITA. -Para día de los Inocentes no fue mal chasco.

DON APOLINAR. -Como Don Cleto es hombre que ni teme ni debe...

ROSITA. -Deber, sí parece que debe; pero como no teme, no paga.

DON APOLINAR. -Por eso le convenía un viaje al extranjero, sobre todo con asiento pagado.

ROSITA. -Y mientras él iba por esos caminos echando niebla, usted andaba huyendo de los alguaciles, hasta venir a refugiarse a este nido.

DON APOLINAR. -Mi amistad con vosotras...

ROSITA. -¡Amistad! ¿Si pensará usted que soy ciega? Señor Don Apolinar de Aganipe, ¿no trata usted de ser mi hermano político?

DON APOLINAR. -¿También has adivinado eso?

ROSITA. -Ya lo ve usted.

DON APOLINAR. -¡Cuidado, no tengas que arrepentirte de tus curiosidades! A los atisbadores, que andan acechando a los vivos, tal vez se les aparecen los muertos.

ROSITA. -¡Ay! no me diga usted eso: me moriría si se me apareciese una persona del otro mundo. No lo haré ya más: no se sabrá por mí que se halla usted en este rincón.

DON APOLINAR. -¡Mira!...

ROSITA. -No, señor, no. Pero ¿por qué fue la quimera entre usted y Don Cleto Chinchilla?

DON APOLINAR. -Por esa función que han de hacer hoy en el teatro del Príncipe a fin de solemnizar el nacimiento de Calderón. (Suena dentro una campanilla.)

ROSITA. -Llaman. Voy allá fuera, que será mi mamá.

Escena III

DON APOLINAR. -Sí: Clara, la amable hermana de esta graciosa niña, me dará pronto la mano de esposa. He revisado mis escritos, publicados e inéditos; les he hecho correcciones considerables, y mi editor, que tiene interés en imprimir una colección de mis obras mejorada y completa, me abonará por ella 60.000 reales, cantidad con la cual podré atender los primeros gastos, imprescindibles cuando toma uno estado. Como él no sabe que estoy aquí, mi futura suegra se entenderá con él en este negocio, mediante un poder y un recibo, firmados por mí con fecha atrasada.

Escena IV

ROSITA, DON APOLINAR.

ROSITA. -Don Apolinar, ¿sabe usted quién llamaba?

DON APOLINAR. -¿Quién?

ROSITA. -Fabián, el criado gallego que sirve a su editor de usted, Don Remigio Durán. Dice en su lengua que tray un mandadu para la señora mamá, de parte del señor Don Ramigiu.

DON APOLINAR. -Será sobre la edición de mis obras. Dile que pase y te dé a ti el recado. Yo le escucharé tras estas cortinas. (Ocúltase detrás de ellas.)

ROSITA. -Bueno, bueno.-Adelante, Fabián.

Escena V

FABIÁN, con un gran legajo de papeles debajo del brazo; ROSITA.

FABIÁN. -¿Dónde posaré bien estos papelorius?

ROSITA. -Ahí en la mesa. Ahora, dígame usted lo que había de decir a mi mamá. Ea, ¿qué se ofrece?

FABIÁN. -Ufrecer... mi amu, el señor Don Ramigiu, ufreciome hartare de varadas, si non daba bien el recadu que traigu. Para eso hízumelo deprendere de memoria.

ROSITA. -Vamos, pues yo le tomaré a usted la lección, a ver si la sabe. Repásela usted un poquito, de cara a la pared. (Aparte a DON APOLINAR, que entreabre las cortinas.) ¿Qué le pregunto?

FABIÁN. -(Para sí.) ¿Qué fue lo que díjume el señor lo primeru?

ROSITA. -(A FABIÁN.) ¿Por qué no viene su amo de usted en persona?

FABIÁN. -Porque parece que los señores poeitus y las señoras poeitas

se enfurruñan cuando non se ajusta con ellus, y riñen con él: por si son ustedes de sa familia, envíame a que regañen conmigu.
(Vuelve a otro lado la cabeza, y hace ademanes como de quien trata de recordar algo. Rosita aprovecha el instante para dirigirse a Don Apolinar en secreto, lo cual se repite varias veces en esta escena.)

ROSITA. -¿No sabe escribir ese caballero?

FABIÁN. -Es que luego le ponen sus cartas en los periódicos para hacerle rabiare.

ROSITA. -Y ¿qué! ¿No le gustan las obras del señor de Aganipe?

FABIÁN. -Gústanse mucho; mas non le gusta dare por ellas diñeirus.

ROSITA. -¿Sí? Pues... Pues Don Apolinar tratará en París, donde actualmente se halla, con otro editor.

FABIÁN. -Non tratará. Dice mi amu que esas obras son suyas, porque él compróselas una por una al Don Pulinar, y el Don Pulinar sólo se reservó los derechos póstumos.

ROSITA. -Dice Don Apolinar...desde allí donde está, se supone... que él ha corregido de manera sus obras, que ya son diferentes.

FABIÁN. -Dice mi amu que lu diferente es de Don Pulinar, la verdá por delante; pero que lo non diferente es de mi amu; y como lo diferente non se puede vender sin lo non diferente, es lo mismu que si non valiera nada, y non quiere dare un ochavu por ellu.

ROSITA. -Pero las obras de Don Apolinar ganan mucho con las correcciones que les ha hecho.

FABIÁN. -Pero mi amu despacha bien esos libros así cual están.

ROSITA. -Con las enmiendas los venderá mejor.

FABIÁN. -Mas tendrá que hacer otra imprimidura, que le costará un montón de dublones; de modo que e Don Pulinar aún debiérale dar una ayuda de costa a mi amu.

ROSITA. -Con que ¿quiere las obras y dinero encima?

FABIÁN. -Pudiera querer; mas él se contenta con que se las regalen.

ROSITA. -Primero las haré yo ceniza.

FABIÁN. -Haría usted muy mal, señorita. Guarde usted esos cartapacios donde non se apulillen, mientras viva Don Pulinar; y en muriéndose que se muera, mi amu se los comprará.

ROSITA. -¡Qué! Las obras escritas ¿no valen dinero hasta que se muere el autor?

FABIÁN. -¡Ah! ¡señorita! usted no sabe el tratu que tienen hecho el Don Pulinar y mi amu, conforme a la ley de propiedad luteraria.

ROSITA. -¿Qué propiedad de Lutero es esa?

FABIÁN. -Non me atropelle usted, que voy a embarullare la mía lición. Es una ley que dice... u parece que dice... que si un escritor vende sus obras a un aditor, y después de vendidas las gobierna y las recumpone, estas obras recumpunidas tienen el derecho de obras postumas: derechu algu torcidu, que, si non lo disputan, puédelu disfrutar el autor en seguidita que le entierren; y, con toda seguridad, cincuenta años después de difuntu(5).

ROSITA. -Hombre, usted está loco.

FABIÁN. -Aténgume a la ley luteraria. Si Don Pulinar hubiese muerto en ese desafío que le hizo marchare a París de Francia, los herederos de Don Pulinar eran dueños de los malmutretus que yo he traído; y mi amu, que

non quiere pleitus, los compraría porque non los atrapase un librero de Burusuelas venidu a Madrid, que le haría muy mala obra si os imprentulaba. Non ha muerto el Don Pulinar; non los necesita mi amu, y mándame que los deje posare aquí hasta que Dios tenga a Don Pulinar en la gloria. Beso a usted la mano, señorita.

(Vase retirando.)

ROSITA. -El suelo te haría yo besar de un puntapié, si fuera quien...-Por ahí no, hombre; por el otro lado. Venga usted, venga usted.

(Vase, guiando a Fabián.)

Escena VI

DON APOLINAR. -Como yo estaba en Francia, según ha dicho mi cuñada futura, no he debido salir a dar las gracias a mi editor en la persona de su sirviente. El buen Don Remigio se había explicado conmigo de tal manera, días antes de mi cuestión con Chinchilla, que yo contaba ya de cierto con esos 3.000 duros, de que a prevención extendí recibo. Ya comprendo lo que será. Parece que había llegado a Madrid un librero belga, encargado de adquirir obras del teatro español moderno, con objeto de imprimirlas para los Estados de América: lo sabría Don Remigio, y por eso me dio a entender que se arreglaría conmigo; el extranjero se habrá marchado, y a Don Remigio se le desvaneció también el deseo de gastar en mi colección.

Escena VII

ROSITA, DON APOLINAR.

ROSITA. -Me he detenido para recibir la Gaceta. (La pone en la mesa.)
¿Es verdad lo que sostenía ese bárbaro sobre la ley de propiedad literaria?

DON APOLINAR. -Sí, hija, es verdad. Con arreglo a esa ley, el autor que refunde sus obras después de vendidas, no puede formar colección de ellas en tanto que vive; pero, según el espíritu de un artículo, que es el 8.º, goza indisputablemente ese derecho medio siglo después de su muerte.

ROSITA. -Eso me recuerda una fábula de Samaniego en que se dice:

«Señor Galeno, su consejo alabo:

Al asno muerto, la cebada al rabo.»

DON APOLINAR. -Mudemos de conversación, porque la materia no me divierte.

ROSITA. -No hay que apurarse; que si esa ocasión se ha perdido, otra se logrará. Yo quiero distraerle a usted leyéndole algo de su poeta favorito, Calderón de la Barca.-Aquí dentro tiene usted un recibo... ¡Ah! ya sé: lástima que esté ya de más.-A propósito del señor Calderón... El altercado con don Cleto Chinchilla provino de la función para celebrar el nacimiento de ese poeta, ¿no es esto? Cuénteme usted lo que pasó.

DON APOLINAR. -La cuestión principió por ahí; pero luego nos corrimos a otro terreno... De Calderón hablamos Don Cleto y yo en los términos que

se merece.

ROSITA. -Era hombre que valía mucho, ¿no es verdad?

DON APOLINAR. -Es el mejor poeta dramático que ha producido España, lo cual equivale a decir que en su género es el más eminente escritor del mundo. Fue soldado y fue sacerdote: mientras permaneció seglar, descolló modelo de caballeros; en la Iglesia resplandeció con los rayos de la virtud heroica; a los once años compuso la primera comedia; a los ochenta escribió la ciento diez y nueve, que fue la última; en el orbe literario nació gigante, creció coloso, envejeció sin decadencia, y de todos los escritores de su arte sólo él entre sus coetáneos mantuvo encadenada a la envidia. A Lope, creador de nuestro teatro, le disputaron varios ingenios el cetro de la monarquía escénica: Don Pedro Calderón de la Barca, heredero de Lope, reinó sin competidor, como el sol en el ámbito de su esfera.

ROSITA. -Y ¿es de Calderón toda la función de esta noche?

DON APOLINAR. -No: solamente la comedia y la mojiganga.

ROSITA. -¿Qué significa eso de mojiganga?

DON APOLINAR. -En el teatro antiguo se llamaban así los entremeses con disfraces.

ROSITA. -Y ¿a qué llamaban entremeses? Porque yo tampoco lo sé.

DON APOLINAR. -¿No has visto sainetes?

ROSITA. -Sí: la Casa de Tócame Roque y aquel otro de Los Zapatos.

DON APOLINAR. -Pues el entremés viene a ser un sainete muy corto, que se hacía antes, y esta noche se hará, entre los actos de la comedia.

ROSITA. -¿Y el paso?

DON APOLINAR. -En la esencia es lo mismo: un lance chistoso, desenvuelto en un diálogo de diez minutos de duración. El paso fue la primera forma de nuestro arte dramático: fue verdaderamente el primer paso que dio la comedia en España.

ROSITA. -¿Con qué gusto vería yo la de hoy en el Príncipe!

DON APOLINAR. -Pues ¿y yo! Y eso que la disposición del espectáculo no me gusta del todo.

ROSITA. -¿Por qué?

DON APOLINAR. -Porque tras el felicísimo pensamiento de dar al público una función tal como se hacían en el siglo XVII en España, no debía el teatro del Príncipe haber adoptado un término medio, que ni es la representación de ahora ni la representación del teatro antiguo.

ROSITA. -Pues ¿cómo?

DON APOLINAR. -En primer lugar, no van a salir guitarras antes de la loa.

ROSITA. -Y ¿a qué salían las guitarras antiguamente?

DON APOLINAR. -Equivalían a la orquesta de ahora.

ROSITA. -Pues teniendo orquesta, ¿para qué se necesitan guitarras?

DON APOLINAR. -Luego, parece que la loa se va a representar a telón alzado.

ROSITA. -¿Habían de hablarla detrás del telón?

DON APOLINAR. -Detrás, no; delante, sí, que era donde se recitaban ordinariamente las loas(6).

ROSITA. -Allí no hay lugar para que luzca nada, sino los mecheros del gas.

DON APOLINAR. -La Dama Duende la van a poner con decoraciones.

ROSITA. -Con decoraciones se pone toda comedia.

DON APOLINAR. -Ahora sí, pero no en tiempo de Calderón. Las funciones que llamaban de apariencia o de teatro, se exornaban con el aparato correspondiente; las comedias de capa y espada, como La Dama Duende, se representaban entre cortinas.

ROSITA. -¿Entre cortinas!

DON APOLINAR. -Cabalito. El teatro del Príncipe era un corral con unos corredores a los lados y el tablado enfrente: la parte superior de los corredores formaba los aposentos, palcos ahora; en la parte inferior estaban las gradas, que hoy son galerías; el sitio de las butacas lo ocupaba el patio, es decir, unos bancos bajos y estrechos, donde se mojaban los espectadores cuando llovía.

ROSITA. -¿No tenía techo el teatro?

DON APOLINAR. -El de los corrales, azul celeste.

ROSITA. -¿Ni siquiera había un toldo?

DON APOLINAR. -Sí; pero ya ves de qué aprovecharía en lloviendo como este año(7); para quitar el sol, vaya, serviría algo más. La escena tenía un dosel en el fondo, y cortinas por ambos lados, con los huecos precisos para la salida de los actores. Aquellas cortinas figuraban sala y caverna, cárcel y bosque, marina y calle, el cielo y la tierra. Para dar a entender que la acción de la comedia pasaba a otro sitio, se entraban los actores por un lado, y salían (ellos u otros) por el opuesto: seña convencional de que estaban en otro punto. Con unas colgaduras de indiana, y con un alguacil delante de cada pilastra de la embocadura, debieran representar esta noche La Dama Duende.

ROSITA. -Para ciegos, ¡excelente función! Para un auditorio con vista... (Llaman.) Ahora sí que son las señoras de casa. (Vase.)

Escena VIII

DON APOLINAR. -Pues, señor, de la colección de mis obras no hay que esperar un cuarto: dirijamos a otro lado la mira. La pobre Clarita, que había ya consentido... Para desechar ilusiones... leamos la Gaceta. (Lee.)

«Correspondencia de nuestro periódico. En las inmediaciones de Behovia se ha suicidado un viajero que hizo sacar en Irún su maleta, la cual se halló intacta junto al cadáver. Reconocidos varios papeles, ha resultado ser el difunto el conocido escritor Don Apolinar de Aganipe...»
¡Jesucristo! ¡Yo suicidado! ¡En Behovia yo! ¿Qué es esto, Dios mío!
-(Lee.) «Ha resultado ser Don Apolinar de Aganipe, que salió de Madrid en la noche del 28 de diciembre último, con el supuesto nombre de Don Lucas Lafuente.» -Ya lo comprendo. Este infeliz es sin duda alguna Don Cleto Chinchilla, que llevaba mi maleta y mi pasaporte. -¡Clara!... ¡Doña Asunción!... Deben haber entrado por la otra parte. (Vase.) ¡Clara!

Escena IX

ROSITA, FABIÁN.

ROSITA. -Ésta es ya la segunda vez que alzo el picaporte para usted, figurándome que venían mi madre y mi hermana.

FABIÁN. -Non tenga usted miedo de mí.

ROSITA. -Yo no tengo miedo de persona viva ninguna; los muertos, sí, me asustan muchísimo.

FABIÁN. -Lo que es yo, non he muerto aún, que yo sepa: el que ha muerto es el pobre Don... (Aparte. Detente, lengua.)

ROSITA. -¿Aquel tan feo, que vivía en mi colegio? No me le recuerde usted, que me parece se me pone delante. ¿A qué vuelve usted?

FABIÁN. -Yo siento, par Dios mi alma, incomodar a usted; pero es empeño de mi amu. Topé con él al dublar la esquina... y tiene un bastón de la Habana que se vence y non se quiebra, y puede quebrar la mejor custilla...

ROSITA. -Y ¿qué me importa a mí el bastón de ese amigo?

FABIÁN. -A mí, señorita, impórtame mucho. Él díjume... yo repliqué... en fin, él mandóme que subiese corriendo a platicar con usted otra vez, ya que platiqué la primera.

ROSITA. -Pues yo no estoy ahora para pláticas: ¿oye usted?

FABIÁN. -Encargóme mi amu que le preguntara a usted con muchísima disimulu, con muchísima de la maña... (Aparte. ¡Ay! Creo que estoy haciendu una barbaridad.)

ROSITA. -Pero, en fin, usted ¿qué quiere?

FABIÁN. -Diga, señorita: aquel papelón que recibió cuando yo salía, ¿era, non lo permita Dios, la Gaceta?

ROSITA. -Sí.

FABIÁN. -¡Virgen de Cuadonga! Y usted... ¿ha tenido usted la mala tentación de leer la Gaceta?

ROSITA. -Nunca. Se la recogemos a un suscriptor que está fuera; pero yo... ni aun la miro.

FABIÁN. -¡Bendiga Dios la boquilla de pimientu que tal me dice! Usted es una niña de muchu saber y de buen corazón, y me va a perdonar una picardigüela.

ROSITA. -¡Picardigüela! A ver: sepamos cuál.

FABIÁN. -Usted quisu que le diera el recadu que yo traía para la señora Doña Mamá...

ROSITA. -Y ¿qué tenemos?

FABIÁN. -Que yo, señorita... por gracia... por broma... por oír ese picu de oro, non respondí verdá.

ROSITA. -Pues ¿cuál era el recado de Don Remigio?

FABIÁN. -¿Cuál habiera de ser? Que él se quedaba con los derechos póstumos de Don Pulinar, dándole por ellos... estos sesenta mil reales. (Los saca en billetes, desenvolviendo una cubierta de papel.)

ROSITA. -¡Sesenta mil reales!

FABIÁN. -Véalos aquí... Billetes de Banco.-Tómelos, tómelos para dárselos a la señora madre.

ROSITA. -(Aparte. Con este dinero se casarán Don Apolinar y mi hermana, y me pondrán de largo con miriñaque.) Venga, venga.

FABIÁN. -Haberá usted de darme un recibu que andaré por ahí.

ROSITA. -Sí, aquí estaba. (Lo saca del libro.) Lléveselo usted.-Cargue también con ese legajo.

FABIÁN. -Llévume el recibu, y también las postumerías. (Coge uno y otro.) Quede con Dios. (Aparte. Que venga ahora a ofrecer mil y ducientos ducados el librero de Burrusuelas.)
(Vase.)

Escena X

ROSITA, y después DON APOLINAR.

ROSITA. -No está en el despacho: se habrá ido por el pasillo de la derecha. (Sale Don Apolinar.) Don Apolinar, Don Apolinar, aquí tiene usted los sesenta mil reales que le hacían falta: Don Remigio acaba de enviarlos con el gallego.

DON APOLINAR. -¡Acaba de enviarlos! Ese maullón acaba de leer la Gaceta.

ROSITA. -Fabián me preguntó si la había yo leído.

DON APOLINAR. -Justamente. No podía menos.

ROSITA. -Lo que extraño es cómo ha venido ese hombre tan pronto por las obras de usted, habiendo dicho que no volvería mientras usted viviera.

DON APOLINAR. -Han cumplido su palabra el señor y el criado. No te asustes de lo que te voy a decir.

ROSITA. -¿Qué va usted a decirme?

DON APOLINAR. -No tengas miedo. Yo, Rosita, aunque parece que estoy vivo aquí donde me ves, he muerto en otra parte.

ROSITA. -¡Usted! ¡Ay, Jesús! ¿Dónde?

DON APOLINAR. -En la raya de Francia.

ROSITA. -¿Cómo?

DON APOLINAR. -De un tiro.

ROSITA. -¿Por?... ¿Por?... ¿Por?...

DON APOLINAR. -Por mi mano.

ROSITA. -Pero ¿por qué?... Pero ¿cuándo? ¿Quién lo dice?

DON APOLINAR. -Te lo digo yo; la Gaceta lo anuncia, y mi editor lo ha creído.

ROSITA. -Entonces, es verdad; si no, ese hombre no hubiera aflojado sesenta mil reales. Usted se ha hecho el vivo para asustarme por ser curiosa; usted es un muerto; usted viene del otro mundo: váyase usted de aquí.

(Huye.)

DON APOLINAR. -¡Rosita!

ROSITA. -Apártese usted.

DON APOLINAR. -Ven, mujer; oye.

ROSITA. -¡Mamá! ¡Que me coge un muerto! ¡Clarita! ¡Mamá! ¡Mamá!
¡Mama!
(Vase.)

Escena XI

DON APOLINAR; luego UNA SEÑORITA, UNA SEÑORA y DON CLETO.

DON APOLINAR. -¡Rosita! ¡Muchacha!

UNA SEÑORITA. -(Dentro.) ¡Apolinar! ¡Apolinar!

UNA SEÑORA. -(Dentro.) ¡Don Apolinar!

DON APOLINAR. -Son Clarita y su madre.

UN CABALLERO. -(Dentro.) ¡Señor Don Apolinar!

DON APOLINAR. -Llaman desde el patio.

(Va a abrir la ventana.)

EL CABALLERO. -(Dentro.) Baje usted el gabán y descambiaremos.

DON APOLINAR. -(Asomándose a la ventana.) ¡Canario! ¡Que es el difunto de Behovia! ¡Jesús! ¡Don Cleto es!

DON CLETO. -(Dentro.) No se santigue usted; el suicida no he sido yo, sino otro a cuyo cadáver arrimé la maleta de usted: ha sido una farsa para librarme de un apuro. Salga usted sin reparo, que ya no nos persigue nadie.

DON APOLINAR. -¡Don Cleto! ¿Vive usted de veras?

DON CLETO. -(Dentro.) Pregúnteselo usted a su novia, a quien doy el brazo.

DON APOLINAR. -Mi sombrero... mis guantes... los billetes de Don Remigio...

DON CLETO. -(Dentro.) Despáchese usted, que le aguarda el librero belga, y vamos a ir luego al teatro del Príncipe.

DON APOLINAR. -¡Rosa! Vamos al Príncipe.

(Vase.)

Sube el telón de foro, y aparece la compañía del Teatro del Príncipe: los actores que toman parte en la representación de La Dama Duende, salen con los trajes que les corresponden en dicha comedia. Se recitarán las siguientes décimas:

D. FERNANDO OSSORIO De parte de Don Ramigiu

Torno per acá y alviertu

Que aunque ese autor non ha muertu,

Queda el tratu sin litigiu.

En gracia de tal prodigiu,

Me encarga el amu también

Que pida a ustedes me den

Algu de ruidu empalmadu,

Si es que Fabián ha parladu

Sus tres recadiñus bien.

DOÑA RAFAELA TIRADO Dice Don Cleto Chinchilla

Que en la presente ocasión

Oro puro es Calderón

Y la loa calderilla.

Si acierta aquel taravilla

En tal calificación,

Logre de ustedes perdón

Quien, sin querer, les entrega

Un panecillo de pega

En día de San Antón.

D. ANTONIO DE GUZMÁN Señores, una vejez

Os damos por novedad
 Ninguno ha visto en mi edad
 Función como esta otra vez.
 A un ingenio de alta prez
 Rendimos veneración:
 La benévola atención
 De tanta dama y galán
 Implora el viejo Guzmán
 Para el viejo Calderón.
 D. JULIÁN ROMEA «¡Vive Dios, que pudo ser!»
 Exclama en La vida es sueño
 Segismundo, que hace empeño
 De reinar por su querer.
 Calderón dijo al poner
 Esta frase donde está:
 «Rey ¡vive Dios! me alzaré
 De la escena Segismundo.»
 Y-«¡Vive Dios, grita el mundo,
 Que lo fue, lo es y será!»
 D. JOAQUÍN ARJONA Si está seguro un joyero
 De una pieza de valor,
 Se la enseña al comprador
 Sin alabarla primero.
 Joya ilustre considero
 Que deja a muchas atrás
 La que a ver, público, vas:
 Mostrémosla, pues, aquí;
 Hable Calderón por sí,
 Que no necesita más.
 DÑA. TEODORA LAMADRID Asegúrase del Duende
 (Yo en verdad ninguno he visto)
 Que es ente que, por lo listo,
 Se sale con lo que emprende.
 Por si hasta mí no se extiende
 Tan dichosa propiedad,
 Con la indulgencia escuchad
 Que es del entendido prenda,
 Y lo que falte a la Duenda
 Súplalo vuestra bondad.

NOTA.

Se repitió esta Loa en el Teatro del Príncipe a 17 de enero de 1861,
 precediendo a la comedia de Calderón, Bien vengas, mal, si vienes solo,
 refundida por el Sr. D. Ángel María Dacarrete. Los papeles de la Loa
 estaban repartidos de esta manera:

DON APOLINARDD. José Calvo.

ROSITA Doña Elisa Boldún.
FABIÁN D. Mariano Fernández.
DON CLETOD. Juan Casarer.
UNA SEÑOR Doña Lorenza Campos.
UNA SEÑORITA Doña Pilar Boldún.

En la comedia de Calderón representaban las Sras. Doña Teodora Lamadrid y Doña Adela Álvarez.

En la escena VII de la Loa, después del elogio de Calderón, que concluye diciendo «reinó sin competidor, como el sol en el ámbito de su esfera, se substituyó lo siguiente:

ROSITA. -¡Con qué gusto vería yo la comedia de Bien vengas, mal, que se representa en el Príncipe!

DON APOLINAR. -Pues ¿y yo! Y eso que no me gusta que sea refundida.

ROSITA. -¿Qué quiere decir comedia refundida?

DON APOLINAR. -Comedia antigua, con algunas alteraciones para que el público la reciba mejor.

ROSITA. -Pues eso no me parece ningún disparate.

DON APOLINAR. -Es falta de respeto venir, al cabo de doscientos años, a corregir la plana a tan grande escritor.

ROSITA. -Y, doscientos años hace, ¿no se refundía comedia ninguna?

DON APOLINAR. -¡Oh! más que ahora, infinitamente más. Calderón mismo refundió varias; y, durante su vida, le refundieron, o por mejor decir, le estropearon casi todas las suyas.

ROSITA. -¿Cómo se atrevían a eso!

DON APOLINAR. -Verás. Figúrate que Calderón escribía una comedia, esta de Bien vengas, mal, por ejemplo.

ROSITA. -Sí, señor: ¿qué?

DON APOLINAR. -Supón que la cedía, para que la representasen, a un jefe de compañía cómica, que eran los empresarios de entonces, y que el tal empresario le pagaba por ella setecientos reales, que era el precio corriente.

ROSITA. -¡Gran dineral!

DON APOLINAR. -Pues por esa enorme suma el empresario se consideraba tan dueño de la obra de Calderón, que le añadía y le quitaba versos y lances a su gusto; y desfigurada de este modo, se la revendía a un impresor, el cual, con el nombre de Calderón al frente, se la daba a leer al público tan distinta de la que el autor escribió, que a veces únicamente por el título podía conocerla.

ROSITA. -Y ¿sufrían eso los autores de antaño?

DON APOLINAR. -Tuvieron que sufrirlo, porque llevado a la justicia el negocio, decidieron los tribunales que el comprador de una comedia, como dueño de la compra absoluto, podía hacer con ella lo que se le antojara.

ROSITA. -De suerte que una comedia vendida era entonces una pella de barro, de la cual lo mismo podía el comprador sacar una imagen que un barreño para fregar.

DON APOLINAR. -Precisamente, Rosa.

ROSITA. -Y la comedia de Bien vengas, mal, ¿tendrá también retazos antiguos de otra mano que la de Calderón?

DON APOLINAR. -Más o menos, tendrá como todas. Un amigo del gran

poeta decía que D. Pedro Calderón era el escritor más afortunado del mundo; pues como él no había impreso por sí ni siquiera una comedia suya, y había declarado solemnemente que se las habían impreso viciadas, era justo creer que todo lo bueno que tenían era de Calderón, y todo lo malo era obra de sus remendones.

ROSITA. -Pues si en esa refundición de hoy han acertado a quitarle a la comedia lo malo, esto es, lo que no era de Calderón, la tal comedia más habrá ganado que perdido.

DON APOLINAR. -¿Y lo que le hayan puesto?

ROSITA. -Váyase por lo que le pusieron antes.

DON APOLINAR. -Siempre la comedia es ya otra de lo que fue.

ROSITA. -Mire usted, Don Apolinar: cuando usted principió a venir a esta casa traía usted melenas largas, y barbas más largas que las melenas, y uñas larguísimas; después se cortó usted el pelo y las uñas, y se afeitó, y, sin embargo, es usted la misma persona que antes, a pesar de que le falta aquella pelambre y aquellas garras: una comedia de Calderón, peinada a la moda, creo yo que, como hija de un padre tan guapo, no dejará de mostrar la fisonomía de su papá. (Llaman.) Ahora sí que son ellas. (Vase.)

Al fin de la loa, D. Mariano Fernández recitó la décima de Fabián; Doña Elisa Boldún la de Rosa, y después se leyó esta que se añade:

DOÑA ADELA ÁLVAREZ A CALDERÓN.
Soneto.

Con voz clamaste de dolor profundo,
Al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra es la vida, como el sueño vana,
Y es fantástico bien el bien del mundo.»
Pero girando tú claro y fecundo
Sol en los cercos de la escena hispana,
¿Cómo ilusión te pareció liviana
La fuerza de tu ingenio sin segundo?

Tú, desde el envidiado Manzanares,
Al Arno, al Rhin y al Plata mereciste
Respeto, admiración, lauros y altares.

Grabe Madrid, para eternal memoria,
Bajo el que allí se ve título triste:(8)
«Sueño todo será, verdad tu gloria.»

DÑA. TEODORA LAMADRID La nobleza proverbial

Del público matritense
Perdón a un yerro dispense,
Hijo de afecto leal.
Exige Bien vengas, mal,
Extremada perfección:
Si endeble su ejecución
No corresponde al intento,
Recordad, pues viene a cuento,
Este del gran Calderón(9)

«Un ciego en Burgos había,
Rematado en su ceguera,

Que ni un elefante viera
Con sol claro a mediodía.
Vino entre niebla sombría
La noche de Navidad,
Y, rebosando piedad,
A misa de Nacimiento
Salió con hacha de viento
El ciego por la ciudad.

Llegose y le preguntó
Un estudiante sopista:
«¿Qué ves con luz y sin vista?»
Y el ciego le respondió:
«La luz no aprovecho yo;
Los que andan la calle, sí;
Y, principiando por ti,
Ningún torpe me atropella;
Porque, sin ver yo con ella,
Con ella me ven a mí.»

Si ciego artístico amor
Nos infunde aliento vano,
Calderón va en nuestra mano
Vertiendo su resplandor.
A quien merece mejor
El escénico laurel
Humilde tributo fiel
Rendimos, a ejemplo de otros:
No tropecéis en nosotros,
Por no tropezar con él.

FIN DE LA LOA.

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

